

Carta de La Habana. Utopía, represión y locura: tres cortometrajes

Antonio José Ponte

Cuatro mecánicos juegan al dominó en un taller habanero. Tienen poco que hacer o están fuera del horario de trabajo. Beben alcohol, brindan por sus héroes musicales –Compay Segundo, Pello el Afrokán, Chucho Valdés– y, ya que se habla de música, uno de ellos pregunta quién podría hacerle una copia de las últimas grabaciones de Cecilia Bartoli. Le contestan que Alexander, el traductor de sumerio. Pero el tal Alexander no cuenta, pues se atreve a difamar del barroco latinoamericano. Ha llegado a decir que el barroco latinoamericano no existe, posición que enseguida defiende uno de los cuatro jugadores. Con lo cual, la competencia pasa de las fichas de dominó a la teoría literaria.

Mientras tanto, en la Escuela Especial «Martica Salazar», maestros y alumnos se preparan para recibir una importante visita. Asombrarán a sus visitantes con una velada artística, y parte principal en ella corresponde a una estudiante que recitará *El Golem*. (Que el poema elegido sea de Borges, y no de Martí, resulta tan improbable como que cuatro mecánicos habaneros discutan acerca del barroco latinoamericano. Y que sea precisamente ese poema de Borges, es rasgo de perfecto humor negro. ¿O acaso no han de sonar alusivos estos versos frente a estudiantes con dificultades de aprendizaje: «Tal vez hubo un error en la grafía/o en la articulación del Sacro Nombre;/a pesar de tan alta hechicería,/no aprendió a hablar el aprendiz de hombre»?)

Una tercera historia completa el cortometraje *Utopía* de Arturo Infante: alrededor de la desvencijada mesa de una manicura, dos mujeres hablan de enfermedades, de un virus tan poderoso que ha sido apodado *La Traviata*. La ópera reaparece en ambiente imprevisto y constituye, una vez más, motivo de trifulca. Pues las dos clientas pelean acerca de su autoría: una achaca *La Traviata* a Puccini, otra a Verdi.

De vuelta al dominó, los jugadores no atinan a poner ficha sobre la mesa. Ahora discuten sobre el origen de la planta arquitectónica en

forma de cruz. Uno de ellos arrastra la controversia a desplante de bronca callejera: «¡El barroco latinoamericano no existe ni pinga!». A su vez, la niña recitadora ensaya *El Golem* con la misma pasión que acostumbra a ponerse en *Mi bandera*, en *Romance de la casada infiel* o en el *Poema Veinte*. (Detrás suyo, la pared ostenta estos dos lemas: «Muerte al invasor», «¡Viva el Partido!». Y un pizarrón reza en latín que el hombre es el lobo del hombre.)

Las mujeres no vienen y van por la habitación hablando de Michelangelo, sino que combaten a propósito de la clave en que fue escrita el aria final de Violetta. Igual que los hombres, terminan con golpes: quien negara la existencia de un barroco continental recibe un botellazo en la cabeza, las clientas del salón de belleza (si así puede llamarse aquel lugar) ruedan por el piso aferradas una a la otra. Y *Utopía* se cierra, ni Verdi ni Puccini, con música de Albinoni.

Pero volvamos a la poesía: no es casual la elección del poema borgesiano. La leyenda del rabino de Praga que fabrica un homúnculo, intenta explicarle el universo y logra (a lo más) que el homúnculo barra la sinagoga, parece apuntar en este cortometraje a los últimos programas pedagógicos implantados en Cuba. La campaña por convertir al pueblo cubano en el más culto del planeta, que ha supuesto grandes reformas educacionales y la creación de varios canales de televisión educativa, resulta desmentida por esos tipos desvelados por el barroco y esas mujeres que discuten de ópera en lo que se hacen barnizar las uñas. O puede que, al contrario, el propósito de conquistar una primacía cultural planetaria (declarado en varias ocasiones por el primer mandatario cubano) alcance en esas hordas sus mejores frutos ya que confunde cultura con victoria, a la manera de la guerra o los deportes.

En cualquier caso, la leyenda del Hombre Nuevo, mito fundacional de la revolución cubana de 1959, resulta tan desconsoladora como la leyenda praguense del Golem. Y una educación especial arroja, al final, a gente que utiliza la cultura para sus sempiternos enfrentamientos. Hombres y mujeres corroídos de vulgaridad (no importa de cuánto arte hayan oído hablar), la menor diferencia amerita entre ellos el golpe en la cabeza, los arañazos en el rostro, el silenciamiento por la fuerza. Son lobos de los demás, y ninguna otra clase de humanoide podría arrojar la incompatibilidad entre dogma y cultura incubada por el proyecto revolucionario cubano, humanismo beligerante contra cualquier disentimiento, receloso ante la libertad individual, monologador antes que dialogante.

Un segundo cortometraje filmado recientemente en La Habana se ocupa de vigilancia distinta a la ejercida por maestros y directores. Su director, Eduardo del Llano, cuenta en *Monte Rouge* la visita de dos agentes de la Seguridad del Estado a un escritor. Conocedora de todos sus secretos, la pareja policial ha venido a instalarle un micrófono en casa. Saben muy bien que él acostumbra a despotricar contra el gobierno, y están dispuestos a tratar el asunto por las claras: prefieren convenir con él el sitio del micrófono. El escritor habrá de acudir a ese rincón siempre que necesite soltar una de sus mordacidades. (Claro que ha de ser trabajoso remitirse siempre a una esquina de la casa, pero él ha de considerar que existen casos de familias numerosas obligadas a un solo micrófono, apiñadas a la hora de las conversaciones.)

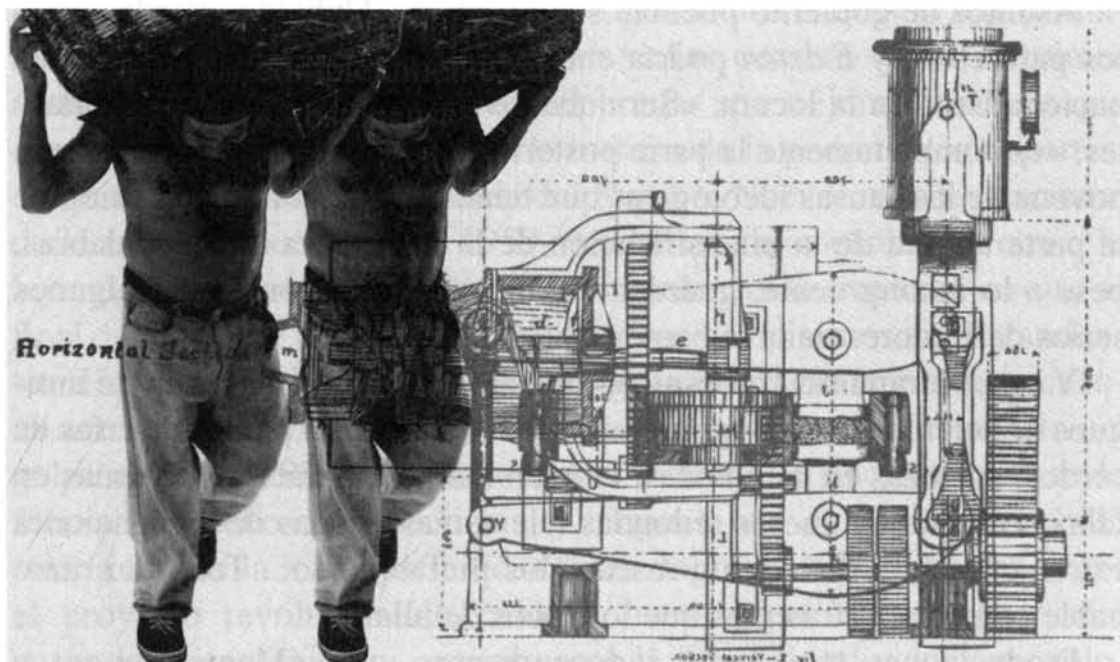
Utopía y *Monte Rouge* declaran (la segunda con menos sutileza) el absurdo cubano. ¿Qué país de locos es ése donde los mecánicos se aporrean por razones de críticos de arte, y donde vigilantes y vigilados establecen un protocolo de trabajo? En los pocos minutos del documental *Existen*, Esteban Insausti ha reunido «algunos de los locos más notables de la ciudad». Esos locos habaneros aluden a lo más nimio (el funcionamiento de una cafetería, por ejemplo) y a lo más grande: las relaciones entre Cuba y Estados Unidos. Portan recetas salvadoras para el país, están a punto de soltar información clave. Hartos de hablar para el micrófono instalado en un rincón de sus casas, han decidido vagar por la ciudad y hablar para Dios sabrá cuál escucha.

Asuntos de gobierno pueblan sus discursos, Cuba no guarda secretos para ellos, y *Existen* podría entenderse como una exploración del nacionalismo en la locura. «Ser cubano», dice uno de los testimoniantes, «es completamente la parte posterior de lo que es la cuarta tercera novena de las causas ideológicas que tiene que ver con la procesión de la parte tercera de la intensificación de la naturaleza». (Sus palabras, pese a lo incongruente, guardan cierta semejanza con las de algunos serios definidores de la cubanidad.)

Y en contrapunto con esas entrevistas aparecen imágenes de antiguos noticieros cinematográficos: zafras del pueblo, planes de crías de cerdos, carrozas en carnavales, conversión de una fábrica de grúas en fábrica de arados, mesas redondas televisivas, visitas de delegaciones extranjeras, proyecto de un rascacielos prefabricado... Todo tan razonable como las estrategias que los locos detallan.

Producciones totalmente independientes unas (*Monte Rouge*) y relativamente independientes otras (*Existen* contó con el patrocinio de

la Embajada de España, de la Agencia Española de Cooperación Internacional, pero también del Instituto Cubano de Artes e Industrias Cinematográficas), estas pequeñas obras son lo único atendible en el cine cubano más reciente. La juventud de sus autores, aliada a las facilidades de una tecnología que permite filmar con bajos presupuestos y escapar de censura y vigilancia, permite todavía sostener alguna esperanza frente a la mediocre producción de los estudios oficiales.



«Chargers». De la serie «Salvadoreño, calidad de exportación». Eduardo Chang. 2006